

« PELICHE »

“Peliche”, José Luis Ozores, ha muerto ayer. Probablemente entre sus papeles encontrarán mañana un poema humorístico, alusivo a esta noticia, que él presentía que iba a producirse cualquier primavera.

Los científicos no han llegado a tiempo. El microscopio electrónico tampoco ha sido capaz de desentrañar el misterio de su enfermedad. Una vez nos dijo que en los grandes rascacielos de la Fundación Rockefeller había centenares de sabios estudiando la etiología del cáncer, y uno solo, allá abajo, junto a las calderas de la calefacción, miraba por un microscopio de juguete algo que se refería a su rara enfermedad.

Era una criatura humana que estremecía. Desde el primer momento en que la muerte le amenazó puso en juego sus todos registros de humor, más que para reírse de ella, para entretenerla. Así han ido pasando los años, y él los ha visto desfilar lentos, desde aquella silla de ruedas, manchando lienzos de color, escribiendo poemas y cuentos deliciosos.

La última vez que salió a escena, representando aquel dramático papel en “El Poder”, que Joaquín Calvo Sotelo escribió pensando en Ozores y en su silla de ruedas, comentaba “Peliche” en el camerino que cuando terminó el último acto y sonaron los aplausos se le había olvidado la realidad atroz del papel que interpretaba y quiso mentalmente abandonar la silla y ponerse en pie. Fue un momento terrible, en el que el actor hubo de permanecer sentado con todo su drama a cuestas.

Ayer quise ir a su casa de Raimundo Fernández Villaverde, pero hay cosas que a veces le pueden a uno. Me acordé de una tarde en que, asomados a la terraza, contaba Ozores: “Nos compramos este piso demostrando una imaginación desmesurada, porque dimos el primer plazo sobre un solar, y el plano era una fotocopia que se veía fatal. Reservamos el noveno, y cuando aún estaban por la estructura del primero, íbamos a verlo y le decía yo a mi mujer, mirando al cielo: «Mira, Concha, ¿ves aquella nube que parece un paraguas con flecos? Pues allí cerca caerá el cuarto de los niños.» Era estupendo, porque entonces no teníamos ni el cuarto ni los niños.”

Ahora ya tenía todo eso—cuarto, niños, pinceles, pluma, un tren eléctrico y una máquina de cine de aficionado—. Con todo ello se entretenía cuando le perdió la cara a la muerte. Fue un descuido fatal, porque de haberla hecho reír como siempre, ella no le hubiera acorralado.—
Marino GOMEZ-SANTOS.